

Herrero, Alejandro y Herrero, Fabián. *La cocina del historiador. Reflexiones sobre la historia de la cultura europea*

Ediciones de la UNLa, Banfield, 2002, 95 páginas

por Gonzalo Iraolagoitia - Universidad Nacional de Rosario

---

En *La operación histórica*, Michel de Certeau comenzaba interrogándose por el “Qué”: “¿Qué fabrica el historiador cuando ‘hace historia’? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? ... ¿Qué oficio es éste?”<sup>1</sup> son las preguntas que lo guían en la elaboración de una concepción de la historia como “práctica” (disciplina), “resultado” (discurso) y “relación” (lugar). Con inquietudes teóricas similares Alejandro Herrero y Fabián Herrero publican *La cocina del historiador*, aunque su punto de partida es levemente diferente al de de Certeau: el interrogante básico dejará de ser el ‘Qué’ para pasar a ser el ‘Cómo’. En efecto, este excelente libro que recopila una serie de entrevistas a los más prestigiosos historiadores especializados en la denominada historia cultural (Peter Burke, Roger Chartier, Robert Darnton y Daniel Roche), tiene el mérito de replantear una cuestión tan propia de nuestro *métier*: la de *cómo* se ejerce y se practica el oficio de historiador, *cómo* se hace historia, *cómo* se la escribe. Preguntarse por el “cómo” es preguntarse por la práctica disciplinaria en sí, es explorar ese espacio donde se elaboran las producciones históricas, donde se fijan las reglas del oficio, donde se precisan las formas, los códigos y el lenguaje.

El hecho de que estas reflexiones sobre el modo de hacer historia aparezcan bajo la forma de charla o diálogo no es casual, de hecho, responde, según los autores, a una “modérrima forma de resistencia” frente a un mundo en el

cual la interacción humana se va perdiendo de a poco, un mundo que lentamente se deshumaniza. A cada uno de los entrevistados se les planteó una serie de preguntas tendientes a develar algunos rasgos de su vida personal, por un lado y, a indagar sobre las diferentes circunstancias que se les suscitaban en la tarea de investigación, por el otro. Pero un análisis más agudo de las mismas permite detectar que en su mayoría responden a cuestiones relacionadas al lugar de producción de los libros, a la posición ocupada por sus autores, a las condiciones de recepción de las obras por parte de los lectores, etc. Esto conduce al subtítulo mismo del libro *Reflexiones sobre la historia de la cultura europea*.

Efectivamente, los especialistas convocados reflexionan, a partir de estas preguntas, sobre algunos temas de la denominada historia social de la cultura. Si bien todas las entrevistas son muy sabrosas y contienen tópicos muy interesantes, desearía destacar la de Roger Chartier no sólo por su riqueza sino también porque ocupa casi la mitad del libro. En ella me gustaría reflexionar brevemente.

La historia socio-cultural se define, por un lado, frente a una *historia de las ideas abstractas, desencarnadas que parecen generarse sin vinculación con el mundo social* (p.29) que suprime tanto la dimensión de apropiación e interpretación como así también la de circunstancias y formas. Pero, por otro lado, también surge como una

crítica a “la tiranía de la determinación social y económica” de la cultura cuyo eje se centraba en la posición de clase, y dejaba de lado otros factores como ser la oposición según el género, pertenencias religiosas, generaciones, etc., que dan cuenta de un mundo social mucho más complejo. El sentido de lo “cultural” se resignifica: deja de ser un reflejo de las condiciones materiales para pasar a ser un elemento constitutivo de éstas; las relaciones económicas y sociales pasan a ser en sí mismas un terreno de la práctica cultural. Lo que diferencia, según Chartier, la historia social de la cultura de la historia de las mentalidades, es la introducción de la trilogía “discursos–representaciones–prácticas” que abre, a través de su pluralidad de articulaciones, un universo de posibilidades analíticas mucho más rico. El hecho de pensarlo como campos autónomos permite visualizar las diferencias y distancias que existen entre “el sistema de representaciones y la producción discursiva” como también la pluralidad de recursos que abre, según las circunstancias, el uso de la práctica. Lo que el autor denomina “la tensión entre las prácticas y los discursos” responde a la cuestión de cómo reconstruir estas prácticas respetando su especificidad y originalidad, sin reducirla a los discursos, sabiendo, no obstante, que son ellos mismos los que permiten conocerlas a través de la descripción, de la representación que hacen de ellas. En este punto querría marcar una disidencia. En su comentario sobre el libro que nos convoca<sup>2</sup> Marcelo Padoan afirma, siguiendo a Gareth Stedman Jones que al plantear un “dominio no discursivo de las prácticas”, Chartier por un lado reproduce la dicotomía deterministas estructura-superestructura, para la cual las prácticas determinan los discursos (ya se ha visto la crítica que precisamente Chartier le hace a este tipo de determinismo, frente a la cual la

historia social de la cultura aparece como una respuesta) y, por el otro, le niega significado al accionar de los actores, por lo que los hombres actuarían sin sentido. Al formular esta opinión, Padoan deja, llamativamente, de lado el tercer elemento de la trilogía: la “representación” definida como sistemas de percepciones, clasificaciones y operaciones. Para Chartier, todas las prácticas, sean económicas, sean culturales, dependen de las representaciones que los individuos utilizan para darle sentido a su mundo, representaciones que se elaboran a partir de sus propias convenciones, de sus costumbres, de sus competencias. Para un historiador como Garavaglia, quien reconoce una coincidencia con Chartier en este aspecto, “...es a partir de las representaciones que los actores sociales toman posición frente a lo cotidiano”<sup>3</sup>. Tomando las palabras de Denise Jodelet, el autor afirma que (las representaciones sociales) “Nos guían en la forma de nombrar y a la vez definir los diferentes aspectos de nuestra realidad de todos los días, en la forma de interpretarlos, de otorgarles un lugar y también (...) en la manera de tomar una posición frente a ellos y en defenderla”<sup>4</sup>.

De esta manera, tanto el estudio de las prácticas de la representación, como de la representación de las prácticas resulta crucial para entender esta trilogía. A su vez, la entrevista prosigue con cuestiones igual de interesantes que versan sobre “la fenomenología o estética de la recepción” (muy importante para comprender lo anterior) y sobre la “verdad” y el “tiempo” en historia.

En relación a los otros entrevistados, sus respuestas se circunscribieron más a las cuestiones prácticas y no tanto a disquisiciones teóricas (lo que no le resta importancia, por supuesto) ello debido, quizás, a que fueron realizadas por escrito, en tanto que Chartier se prestó a un diálogo *vis-à-vis* que los autores recuerdan “*con afecto*”

y admiración” a cuatro años de realizado. Es justamente esta modalidad elegida la que posibilita una lectura dinámica y muy amena de una propuesta que intenta congeniar los niveles de teoría y práctica, algo sobre lo que no todos los

historiadores reparan en su periódica “deambulación erudita por las salas de archivos”, ese ámbito tan propio y particular del quehacer profesional.

### Notas

<sup>1</sup>De Certeau, Michel: La operación histórica, en Le Goff, Jacques y Nora, P.: (1978) *Hacer la Historia*, Vol. 1, Ed. Laia, Barcelona, p. 15.

<sup>2</sup> Consultar la reseña sobre La cocina del historiador de Marcelo Padoan en Prohistoria N° 7, Rosario, Argentina, primavera de 2003.

<sup>3</sup> Garavaglia, J. C. “‘Pobres y ricos’ cuatro historias edificantes sobre el conflicto social en la campaña bonaerense (1820-1840)”, en *Entrepasados*, N° 15, 1998, p., 34.

<sup>4</sup> *Ibidem*